

The background of the entire page is white with various red ink splatters and blotches. A large, irregular, dark red blotch is centered in the lower half of the page. Smaller, more distinct splatters are scattered throughout the upper and side areas.

LA MUERTE
SIEMPRE
ENCUENTRA
EL TIEMPO

RENATO MENDOZA

*A mi padre, que me apoyó, animó y sumergió en el mundo
de las letras y la fantasía desde que tengo recuerdos.
A mi madre por su increíble tolerancia ante todas mis insis-
tencias y por fomentar y compartir el gusto por la buena
lectura.
A mi hermana, que nutre de agilidad y creatividad mi men-
te cada día.
A mis abuelos, tíos y primos por sus consejos e influencia.
A Fredy Jaimes, Juan Reyes, Leandro Arévalo y José Milla
por interminables años de amistad, incontables andanzas e
innumerables episodios que cincelaron mi identidad.
A Carolina Nieves, genial persona y escritora, sin cuyo
aliento y críticas jamás hubiera llegado a donde estoy.
Gracias a todos ellos.*

Renato Mendoza

La Muerte Siempre Encuentra el Tiempo

Prólogo

Nos perseguían, y aun así, encontré el tiempo para detenerme y observar. Escuché los miles de pasos desesperándose por alcanzarnos, pero estaba hipnotizado. "Acompáñanos." Dijo el hombre gritándome desde el último piso de una casa poseída por el fuego. Siguió gritando aunque no sé si de dolor porque también reía y su risa aún me persigue cuando cierro los ojos. El hombre estaba en llamas y levantaba los brazos hacia el cielo crepuscular dividido a la mitad por la estela blanca que dejaba un misil nuclear errante. Aquel sujeto saltó hacia el vacío todavía gritando cosas que no podía entender ni imaginarme. Luego salto una mujer. Después dos niños agarrados de la mano. Todos cubiertos con un manto ardiente.

Me alejé de allí a toda prisa. Ahora eran dos los que me perseguían, ellos... y la risa.

1

Adam y Ryan

Creyó estar escuchando una voz monótona que lo hostigaba. Una voz tan familiar como la suya. Abrió los ojos y la luz penetró en sus ojos dolorosamente. El reloj marcaba las dos de la mañana y la tienda seguía tan vacía y silenciosa como cuando llegó a trabajar hacía algunas horas. Estaba aburrido y soñoliento. Aquel era el único trabajo que lo había acogido en los últimos meses y a pesar de seguir buscando en otros lugares, los empleadores parecían no tener el menor interés en él. Decidió salir a tomar algo de aire. Adam abrió la puerta, sin ganas de avisarle a su compañero que estaba en un cuarto de atrás viendo televisión seguramente.

El cartel de 7-Eleven brillaba a más no poder en aquella esquina de la calle, pero lo único que atraía eran unas cuantas polillas que revoloteaban en el aire con movimientos casi suicidas. Ni un alma en el exterior, ni siquiera la sombra de Adam. Algo de viento arrastraba unas envolturas hacia los sombríos recodos de la calle. Adam se preguntaba cómo es que la tienda no había quebrado todavía. Llevaba casi dos meses trabajando en el turno nocturno del 7-Eleven. En la noche no entraba ninguna persona. Los botes de basura en los muelles parecían tener más clientes (ratas, gatos y musarañas eran comensales fieles). Era como si las personas sintieran una aversión hacia ese lugar por algún motivo desconocido. A lo lejos escuchó un par de disparos. ¿Por

qué no intentaban asaltar la tienda para tener algo de diversión?

No había colillas de cigarro en el recipiente junto a la entrada. La bolsa de basura también estaba virgen y pura como una colegiala. Todas las noches era lo mismo: ponía una nueva bolsa al llegar y no tenía que tocarla hasta la noche siguiente. Lo mismo ocurría con la limpieza del baño. Solo una vez agradeció que un par de borrachos se metieran en el lavabo y ensuciaran todo el lugar con vómito y otros líquidos. Asco, claro que sí. Pero era una distracción y eso era más importante y necesario que cualquier otra cosa.

Había pensado muchas veces en ensuciar él mismo el baño y causar uno que otro destrozo en la tienda para tener algo que hacer. En ese momento, admirando la soledad de la noche y el vacío de la bolsa de basura, volvieron aquellos pensamientos de destrucción para el bien de su cordura. Adam reconocía su flojera y admitía que solo trabajaba para sobrevivir, sin preocuparse qué sería de él al día siguiente o en el futuro próximo. Pero había un límite entre la flojera y la holgazanería absoluta y eso era lo que le estaba sucediendo en ese instante.

Un ruido lo distrajo mientras caminaba por el estacionamiento. Cuando se volteó a ver, notó que era una lata de aluminio vacía que iba rodando suavemente por la vereda y luego caía por el escalón y se quedaba quieta. *Cualquier cosa con tal de ponerme a hacer algo.* Luego de depositarla dentro del tacho de basura, otro sonido lo sorprendió por detrás. La puerta de la tienda se había abierto con rapidez y Ryan había aparecido emocionado como si acabara de ganarse la lotería.

-¿Qué mierda haces afuera? -Le preguntó a Adam, no molesto, sino con una misteriosa ansiedad.

-¿Ayer no me preguntaste lo mismo?

-Pues... creo que sí. ¿Y qué?

-Ya sabes la respuesta.

-No sé de qué hablas. -Ryan apenas tenía veintitrés años pero cada vez que fruncía el ceño, la frente se le arrugaba con tantas rayas como la de un sexagenario-. No importa. Te he estado llamando desde hace rato. Te estás perdiendo la noticia del siglo, está en todos los malditos canales. Rápido, entra.

Al fin algo que hacer. Ryan no esperó a que Adam le respondiera, había entrado tan rápido como había salido y había dejado nuevamente un intenso aroma a chocolate en el ambiente. Probablemente ya tenía diabetes pero no lo sabía. Mejor que no lo supiera, era mejor no saber algunas cosas para disfrutar otras. En el interior de la tienda también flotaba el aroma a chocolate y a donuts.

Mientras caminaba por la sección de comida chatarra, Adam estiró la mano y comenzó a tirar al suelo varias bolsas de selecciones de papas a la barbacoa, jalapeños, pretzels, anillos de cebolla, tortillas de queso y una que otra bolsa más. Deseaba que fuera alguna devastadora noticia sobre un atentado terrorista, o una apocalíptica tormenta devorando algún lugar cuyo nombre no pudiera pronunciar. Eran las 2 de la mañana y lo más seguro era que se tratara de algo que estaba ocurriendo en algún lugar del mundo donde ya había amanecido. Probablemente el Papa Agatón II se había arrepentido de haber renunciado y arremetía contra la puerta donde se celebraba el cónclave para exigir su inmediata reposición al cargo.

Terminando la sección, Adam tiró al suelo una botella de Budweiser que algún inepto había dejado allí sin querer. La tienda parecía haber sido saqueada por algunos delincuentes invisibles a los que no les gustaban los chips.

-¿Ku fiaflos fue efo? -Preguntó Ryan con la voz algo ahogada. Parecía estar sentado en el consultorio de un dentista con un puñado de algodón en la boca.

-Soy yo que ya llego -Adivinó la pregunta de Ryan por puro instinto. Lo que jamás hubiera podido adivinar, era la noti-

cia que estaban mostrando en la televisión. Como Ryan había dicho: "Está en todos los malditos canales".

2

El Arca

-Bafefe que ba han enconcago be vedad. -Había una sombra de chocolate alrededor de los labios de Ryan. Como un payaso maquillado que en lugar de risa, causaba asco y lástima.

-Con un demonio Ryan, traga de una vez y deja de comer chocolates si no quieres que te salga mantequilla de maní en vez de sudor.

-A la mierda, Adam. No te he llamado para que me des consejos sobre nutrición. Para eso ya tengo de sobra con los consejos que me dan en los comerciales. -En la televisión aparecían varias personas con un desierto de fondo. La mayoría de ellas usaba túnicas y un tipo de turbantes como el de los hombres del medio oriente (Venían a la mente imágenes inevitables de Al Qaeda, Osama Bin Laden y Ayatolá Jomeini). Hombres con gruesos y tupidos bigotes que sonreían y hablaban entre ellos de algo que no se podía saber todavía. Los acompañaban unos hombres de piel blanca vestidos con uniformes polvorientos. Tenían toda la apariencia de ser arqueólogos o paleontólogos: del tipo de hombres que desentierran antigüedades (Seguramente se les había pegado el síndrome de Indiana Jones). Todos permanecían en la lejanía mientras un grupo de hombres en uniforme militar impedían el paso de los reporteros.

Sólo había un par de líneas de texto en la pantalla. Junto al logo del canal había un par de palabras que alertaban a la audiencia sobre la importancia de la noticia: "Breaking News." Debajo de esas palabras, había una oración que resumía de la manera más sutil, lo que estaba sucediendo en aquel desierto: "Descubren el Arca de la Alianza en Afga-

nistán.” Ryan y Adam se quedaron viendo la pantalla callados por algunos segundos, viendo a las personas moverse sobre la tierra árida y sin prestar atención a los inútiles comentarios de la reportera. La periodista podía haber estado escupiendo todas las groserías en todos los idiomas y aun así ellos ni se hubieran inmutado.

-Todavía no la han sacado a la luz. -Dijo Ryan mientras dejaba la envoltura de chocolate a un lado y cogía una Pepsi medio llena. Adam calculaba que no pasaría el fin de año antes de que se llevaran a Ryan internado de emergencia por el incremento de glucosa en su sangre. Ese chico era 25% sólido, 30% líquido y 45% azúcar-. Si ya lo hubieran hecho, tendrían que llamar un pelotón para detener a todo ese tumulto de reporteros.

-¿Y cómo saben que está allí? -Adam estaba aún escéptico. Quería apostarle a Ryan que se trataba sólo de una reliquia cualquiera, probablemente algún tesoro de la época de la gran Babilonia. El Arca de la Alianza era sólo un mito como todos los relatos que se narraban en el Antiguo Testamento.

-Lo saben, créeme. Hace un rato han mostrado unas imágenes que han hecho con un instrumento que sondea el suelo debajo de los escombros de esa ciudadela que están excavando hace meses. Van a pasar la imagen otra vez, pero los arqueólogos están cien por ciento seguros de que es el Arca. En la foto que mostraron salía la silueta. Era igualita a la descripción que hay en la Biblia. Te juro que al principio tenía mis dudas, pero hicieron una comparación detallada de la imagen del sondeo y del Arca de la Biblia. Son idénticas Adam. Hay unos ingenieros musulmanes que han hecho una recreación tridimensional del Arca enterrada. Se parece bastante a la de la película de Indiana Jones, ¿te acuerdas?

-Claro. Si me llamaste para verla hace un par de noches.

-Son bastante semejantes aunque no del todo. Es de oro puro hombre. ¡Oro puro! No sé cómo han hecho para saberlo pero les creo. Y debe pesar como un demonio, con el

perdón de Dios. Creo que por eso han llevado a los uniformados, es oro puro hombre. Los que han financiado la excavación deben de estar gastando todos sus malditos dólares en proteger el hallazgo. Para lo que van a ganar luego de desenterrarla, yo haría lo mismo. Afganistán, vaya lugar para encontrarla. ¿No es allí donde está Al Qaeda?

-Creo que sí. -No dejaban de enfocar a los hombres en el desierto. *¿A qué hora ponen la maldita imagen del sondeo?*-. Puede que estén infiltrados ahí mismo en medio de los reporteros o puede ser uno de esos hombres en túnica.

-Quién sabe. Dicen que van a tardar por lo menos un par de días en desenterrarla porque tienen que hacerlo con cuidado, aunque yo no creo que la saquen hasta dentro de algunas semanas. Ya sabes cómo es de mentirosa la prensa. Si fuera yo, le metería dinamita ahora mismo y la sacaría hasta con caña de pescar si fuera necesario. Van a transmitir la excavación en vivo. Dicen que quieren esperar a que llegue el Papa a la excavación. Me importa un pepino el Papa. Hasta un obispo que han entrevistado ha dicho que la desentierren lo más pronto que puedan. El Arca es la estrella del show, ¿a quién le interesa ver al Papa allí? A nadie. Todos quieren que esa Arca salga de la tierra de una vez y que la destapen para ver qué hay.

-¿Te acuerdas de lo de Indiana Jones?

-Amigo, lo estoy viendo ahorita mismo en mi memoria como si fuera una película en alta definición.

-¿Y si pasa lo mismo cuando la abran?

-¡Servicio! ¿¡Hay alguien ahí atrás!? -Vociferó una mujer desde la tienda. Justo un cliente en el momento menos oportuno-. ¡Les han robado! ¡Voy a llamar a la policía!

-Con un demonio, ya regreso Ryan. No dejes de ver las noticias.

-Júralo amigo.

-¡Y deja ese maldito chocolate! -Exclamó al ver que Ryan sacaba una nueva barra de su bolsillo. Mientras se dirigía a

atender a la mujer, se dio cuenta de que esa voz femenina le parecía muy familiar. Aquel tono vocal le provocaba una alteración visceral.

3

Shannon

Y de repente, como el hijo pródigo volviendo de lugares desconocidos, allí estaba esa chica de nuevo. La chica de las trenzas cuyo nombre Adam todavía no conocía aún a pesar de haber hablado con ella por varias horas sobre temas tan diversos como los que hay en un periódico de dos kilos. No le dio tiempo ni de recordar algo más sobre ella.

-Allí estas. -Dijo ella acercándose a mirarlo con sus enormes pero tristes ojos negros. -¿Quieres que llame a la policía? Les han robado, ¿no es así? Esta calle no suele ser peligrosa, por eso vengo a caminar por aquí a estas horas. No he visto a nadie en la calle, ni siquiera a los vagos barbones que quisieron quedarse en estos lugares hace algunos meses. ¿Cuántos eran los ladrones?

-No hay ningún ladrón. -Interrumpió Adam mostrando una sonrisa entre culpable y vergonzosa-. He sido yo el que ha tirado todas estas cosas. Esa botella también, pero fue de casualidad.

-¿Tú has botado todo esto? Pues debes de haber perdido la cabeza o quieres que te echen de aquí de una vez. ¿Y qué hacías atrás de la tienda? ¿No sabes que cualquiera puede entrar a llevarse algo? Yo pude haberme llevado algo si quisiera, pero me caes bien y primero quise ver si te había pasado algo. Ahora sí puedo llevarme algo.

-Es tan aburrido este lugar. -Contestó Adam agachándose para recoger las bolsas y devolverlas a sus lugares en el es-

tante-. Tan aburrido que yo mismo tengo que desordenar el lugar para tener algo que hacer.

-Te faltan estas bolsas. -Dijo la chica aventando al suelo unas papas Lays y Tostitos que Adam no había tocado por el momento-. Según tu filosofía y la mía, esto es bueno para los dos.

-¿A qué has venido? -Preguntó Adam mientras se ponía de pie con una bolsa de Ruffles en la mano. Por un instante estuvo a punto de abrirla, pero luego se dio cuenta de lo que iba a hacer. Aunque seguía pensando en abrir la bolsa. No había cámaras de seguridad adentro, qué más daba.

-A muchas cosas. A ver qué pasaba aquí. Es uno de los pocos lugares que encuentras abierto a estas horas de la noche. Sabes, no he tenido mucho sueño desde hace varios días. Me quedo despierta sin saber qué hacer y voy caminando de un lado a otro para distraerme y tomar aire fresco. Ayer estuve caminando por los muelles. El tiempo era tan lindo que me quité el pantalón, las medias y mis zapatillas y metí las piernas un rato en el agua para refrescarme. No sabes lo bien que se siente. De repente voy allí de nuevo más tarde o mañana. Ayer me botó un hombre viejo que cuidaba los muelles. Me dijo que no quería volver a verme por allí. Como si fuera el dueño de ese lugar. Le aventé un poco de agua y me fui corriendo mientras lo escuchaba gritar-. Adam estaba hipnotizado con el movimiento de las manos de esa chica cuando hablaba. Parecían moverse con la misma velocidad que las manos de un prestidigitador que quiere hacer algún truco sorprendente (Si se lo proponía, podía ser la próxima Angela Funovits). La historia de ella de por sí era sorprendente. Siempre estaba haciendo o queriendo hacer cosas fuera de lugar.

-Hoy día me ha dado ganas de correr un rato por las calles, pero voy a necesitar algo de agua para el camino. -Señaló a la vez que tomaba sus trenzas y las aventaba hacia atrás de su cabeza-. Para eso vine a la tienda, para que me vendas un par de botellas de agua. O tal vez una de esas aguas re-

hidratantes que dicen que te reponen más rápido que el agua convencional. Todavía no las he tomado, así que no sé si es verdad o no, creo que sería bueno hacer la prueba. Voy por unas botellas, encárgate de esto mientras voy a buscarlas. -Y dándose la vuelta, tiró al suelo unas cuantas bolsas más hacia los pies de Adam. Esa chica era un torrente. Adam de pronto tuvo la sensación de que nunca se podría cansar de ella. Aquellas sensaciones frecuentemente eran mentirosas.

-Esas botellas están en el congelador de la esquina, allá a la izquierda. Coge las que quieras, ahorita te alcanzo. -Aprovechó el momento para recoger todas las bolsas y amontonarlas en el estante como sea. Tuvo que aplastarlas para que entraran en aquel espacio. Por ahora tenía otras prioridades. Qué importaba si lo botaban, trabajos había en todos lados. Pero chicas de trenzas como ella no. Al menos debía de saber su nombre.

-Ya las tengo. -Exclamó ella desde el congelador-. ¿No puedes decir que alguien vino y se las robó?- Ella había caminado hacia la caja mientras le sugería a Adam esa posibilidad.

-Tal vez -Agregó él con una mirada cómplice-. Si es que eres capaz de dejarme inconsciente en el suelo y también a mi compañero diabético que está en el cuarto de atrás, las botellas son tuyas.

-Muy inteligente. Tal vez podría correr ahora mismo con las botellas y no podrías alcanzarme. Soy muy buena corriendo, sabes. Aunque puede que me alcances; tienes el físico como de un atleta o algo por el estilo. Tal vez estás un poco flaco pero imagino que puedes correr rápido. ¿O me equivoco?

-¿Quieres hacer la prueba? -Era un reto que ella tomó en serio apenas terminó él de hablar. Por un momento, Adam creyó que estaba viendo una alucinación. La chica corría riéndose, abría la puerta y desaparecía tras el umbral. No, no era una alucinación, ella estaba escapando de verdad.

La atrapó a la mitad del estacionamiento. Ella era bastante lenta o él era más rápido de lo que imaginaba. No corría hace tiempo, así que no podía saberlo. Solo jadeaba, mientras tomaba a la chica del brazo. *Si todos los clientes fueran como ella.*

-Eres rápido, pero la próxima vez no me atraparás. Voy a correr toda la noche hasta el amanecer. Vas a ver que mañana mismo no vas a poder alcanzarme. O tal vez sí, pero vas a tener que esforzarte más para hacerlo. Es una apuesta. Si te gano, vas a tener que pagarme las botellas, ¿vale? Esa sonrisa quiere decir que sí. Vaya que te has cansado tanto que ni puedes hablar. Bueno, voy a irme por ahí a recorrer las calles. Mañana vas a pedir que llame al 911. Toma, ten este billete. Quédate con el cambio Adam. Pobre de ti que no te encuentre mañana. Adiós-. *Con un demonio, sabe mi nombre.* Luego se dio cuenta de que cualquiera podía saber eso. Tenía una etiqueta con su nombre colgando en su pecho.

-Espera. -Dijo él con la voz parecida a la de un hombre que acababa de competir en el Iron Man-. ¿Cómo te llamas?

-Shannon. ¿Por qué? ¿Estás interesado en mí? -Sonrió de manera inquieta-. Bueno, adiós.

Lo dejó en el suelo con un viejo billete de un dólar en la mano y el corazón latiendo tan rápido como Shannon corriendo por las pistas de aquella deshabitada calle. Ella desapareció varios metros más adelante, doblando por una esquina donde había una casa con un enorme árbol tupido. Había pocas como ellas. Contadas con los dedos de la pata de un camaleón tal vez. No cualquiera te dejaba en el suelo, agitado, con el corazón abrumado y completamente estafado y feliz de estarlo. No cualquiera. Ahora sabía dos cosas. Una, era su nombre; la segunda, que volvería.

-¡La foto Adam, la foto! -Gritaba Ryan desde adentro de la tienda-. ¿Dónde demonios te has metido? ¡Están pasando la foto en la televisión de nuevo! -Adam corrió hacia la tien-

da pensando sólo en el mañana. Se guardó el billete en el bolsillo como recuerdo.

4

Joyce. Desayuno. El Arca

A diferencia de otros días, Adam no estaba tan cansado cuando llegó a su apartamento en la calle Kensington. Era un edificio de tres pisos en el que convivían cinco personas sin parentesco sanguíneo entre ellas. Todas alquilaban una habitación en aquel lugar a distintos precios cada una a pesar de que las dimensiones de cada cuarto eran las mismas. Adam era el que tenía la renta más barata, en parte porque su habitación era la "más pequeña" de ese lugar (20 cm² menos que las otras) y también porque la casera estaba interesada en él de alguna manera. De manera bastante apasionada valgan verdades.

-¿Ha sido una buena noche? -Preguntó la casera sentada en su mecedora en el porche de aquella casa. Tenía un vestido largo que cubría incluso el calzado que estaba usando, si es que lo estaba usando. Encima llevaba una chompa con un diseño a cuadros, probablemente tejida por ella misma. Tenía 43 años, no tenía esposo ni hijos y sólo un pariente lejano cuyo nombre Adam no recordaba.